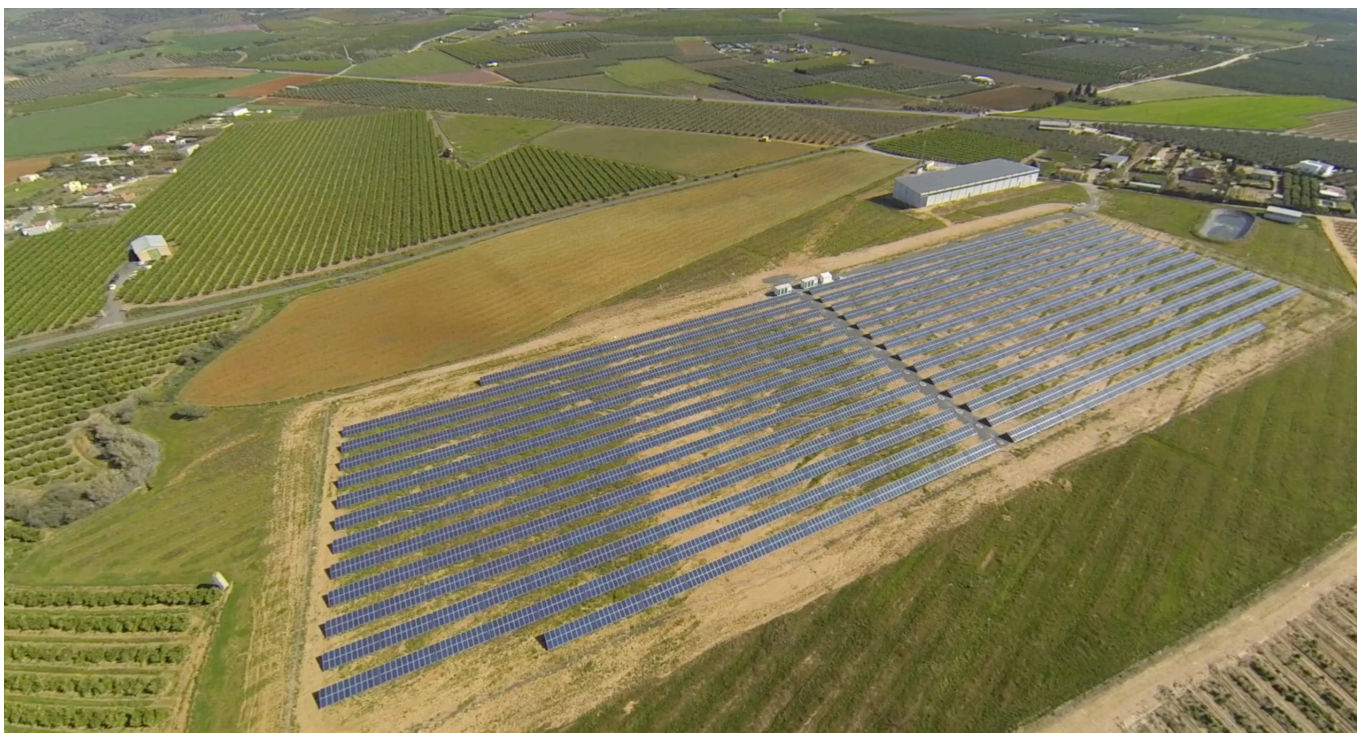


## ¿De qué hablamos cuando hablamos de paisajes de las energías renovables?

María-José Prados Velasco | Dpto. Geografía Humana, Universidad de Sevilla

URL de la contribución <[www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/article/view/5262](http://www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/article/view/5262)>



Planta solar fotovoltaica en Alcolea del Río, Sevilla (2016) | foto Som Energia Cooperativa

Hablar de paisaje, pensar en la contemplación de un espacio bello, armónico y útil. Hablar de energías renovables, pensar en menos contaminación y en una energía barata. La dificultad de conjugar ambos conceptos se plasma en las manifestaciones de rechazo de instalaciones concretas de energía renovable, manifestaciones no frente a esta energía sino frente a la forma en la que se hace presente en el territorio. Es entonces cuando hablamos de paisaje como el lugar con el que existe un sentimiento de identificación que no queremos se vea alterado. Una profunda reflexión sobre esta dualidad es imprescindible tanto para favorecer la inserción

correcta de las energías renovables en nuestros territorios, como para lograr avances en la productividad y eficiencia de los dispositivos capaces de generar energía a partir de fuentes renovables<sup>1</sup>. Las transiciones socio-técnicas lo son, en primer lugar, porque aúnan invenciones técnicas con cambios en el comportamiento social y, en segundo lugar, porque conllevan un proceso de adaptación que no sigue un patrón lineal ni progresivo, en el que son frecuentes los errores, las contradicciones y los retrocesos. Un proceso en el que las personas que promueven o son activistas de estas energías deben manifestar sus desencuentros como un paso imprescindible de cara

a establecer consensos para un cambio de rumbo en la generación y consumo. Y es ahí donde las protestas contra determinadas instalaciones renovables anteponen el debate ciudadano a la consecución de objetivos y cobran su verdadero sentido: avanzar en un modelo de energía renovable y sostenible.

Una buena fórmula para establecer consensos es recurrir a paisajes de energías asentados que pueden entenderse como precedentes. Los molinos en La Mancha son ejemplos magníficos, además, por la referencia literaria a El Quijote. Estas instalaciones están presentes en Andalucía, desde el Andévalo hasta Cabo de Gata, como soluciones técnicas para generar energía sin recurrir a la tracción animal. De igual manera, los ingenios y molinos hidráulicos, los pozos para disponer de agua fresca, los aljibes para almacenar agua limpia, etc. son respuestas adaptativas al medio que por su capacidad estructurante y resolutive han resultado decisivas en la conformación de territorios transformados, vividos y percibidos. Configuran paisajes culturales nacidos del empleo de recursos renovables para producir energía en base a elementos singulares, cuya capacidad de transformación en el territorio les concede una carga simbólica enorme como hacedores de paisaje. Si se les compara con los paisajes mineros o los de la producción de carbón vegetal, convendremos que estos no logran el mismo alcance, ni en dimensión ni en cuanto a su lectura estética y medioambiental. Pero no se discute que las extracciones mineras o la deforestación para producir carbón han generado paisaje, a pesar de que suponen una acción disruptiva en el territorio que los soporta, porque desentonan, crean fragilidad y disarmonía. En ello radica una de las claves para abordar las instalaciones de energía renovable: el cómo irrumpen en el territorio para construir nuevos paisajes. Cómo afectan a los usos y condiciones de explotación preexistentes, qué beneficios acarrearán a la población, o cuál es el alcance de estas energías renovables son cuestiones que deben ser atendidas y respondidas para determinar su papel *in situ*.

El lema “Think global, act local” no parece tener cabida en relación con las grandes instalaciones de energías renovables cuando la población no quiere sacrificar

sus medios de vida ni los lugares vividos en favor de la causa contra el cambio climático. Muy al contrario, estas instalaciones provocan posicionamientos expresados en el lema “Not in my backyard”, que se justifica como la reacción frente al procedimiento de instalación y a la instalación en sí misma, pero no a la energía renovable. Mientras tanto, quienes las promueven argumentan que estos territorios no son sino el resultado de transformaciones radicales por otras causas, construcciones e infraestructuras que no generaron protestas. Lejos de convencer, estos argumentos enfatizan aún más el rechazo de la población local a nuevas dependencias que satisfagan otras necesidades e intereses, al tiempo que alientan el cambio en la hoja de ruta de la transición. En este contexto es comprensible la acogida tan favorable que los consumidores directos conceden a las cooperativas y a las comunidades de energía. Y ello aunando diferentes perfiles de demanda, tanto a nivel individual por compromiso y coste de la energía, como a nivel colectivo; en los núcleos rurales, así como en las comunidades de propietarios en las grandes ciudades. Ahora sí, “Thinking global, acting local”.

Tomada desde la base, con intereses compartidos y cierto nivel de compromiso, la energía distribuida parece adaptarse a modelos de generación renovables y sostenibles. Volviendo a la noción de transición socio-técnica, es necesario que los cambios se produzcan en los dos ejes sobre los que pivotan dichos cambios. En los próximos años se demandarán innovaciones técnicas para el abaratamiento de los equipos, para las empresas y profesionales a cargo de la instalación y el mantenimiento, incluso para el diseño y la adaptación estética. Del lado de la componente social, debemos afrontar el reto que supone su expansión sobre los espacios construidos, bajo las premisas de aprovechar los espacios ocupados y de extremar el cuidado de las afecciones sobre los elementos patrimoniales y el paisaje urbano. Sería ejemplificador ver cómo las administraciones públicas y las empresas optan por sistemas de autogeneración en sus instalaciones, y que incentivan estos comportamientos entre las personas empleadas. Ello les daría más coherencia a sus argumentos sobre la consecución de obje-





Al fondo, pérgola fotovoltaica del Fórum Universal de las Culturas 2004 de Barcelona | foto Carlos Lorenzo

tivos o la construcción de grandes plantas. Asimismo, estamos asistiendo a un proceso de experimentación renovable sobre suelos agrícolas. Las explotaciones que desarrollan la agricultura con paneles solares a modo de cubiertas –las agrovoltaicas–, las instalaciones fotovoltaicas sobre invernaderos, sobre balsas de agua para riego, etc., ejemplifican la inversión privada en renovables. La repercusión de estas actuaciones todavía se desconoce, por lo que no cabe afirmar que la autogeneración dará lugar a consumos responsables, a nuevos comportamientos de solidaridad con respecto a los recursos renovables. Pero seguro aliviará la presión a la que nos somete la dependencia de los combustibles fósiles y mostrará que nuevas formas de pensar y actuar son posibles. Modificando, sí, nuestra relación con el entorno y nuestros modos de vida, con nuevos empleos, con otras dependencias y con paisajes inéditos. Unos paisajes de las energías renovables ecoeficientes, productivos, continuos y compatibles con los usos de suelo preexistentes.

## NOTAS

1. Esta reflexión es resultado de las investigaciones que actualmente se llevan a cabo en el marco de dos proyectos de investigación: el proyecto Planning and Engagement Arenas for Renewable Energy LandscapeS (PEARLS) financiado con cargo al programa de investigación e innovación Horizonte 2020 de la Unión Europea en el marco del acuerdo de subvención Marie Skłodowska-Curie 778039. Y el proyecto Innovación Socio-Territorial para la Transición Energética en la Península Ibérica STEP (PID2021-123940OB-I00), financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación-Agencia Española de Investigación 10.13039/501100011033/ y la Unión Europea, cuya investigadora principal es María José Prados Velasco. Son miembros del equipo los doctores A. Delicado, R. García, C. del Valle, M.A. Barral, R. Iglesias, Marta Pallarés y Miguel Torres, junto con los investigadores A. Ruíz, J.J. González y M. Ghislanzoni.